

Atila en el Clot

Daniel Arasa - 10/06/2009

No queda en 200 metros de calzada un palmo que no haya sido abierto y reabierto muchas veces Se atribuye a Atila aquella frase que evidenciaba su ferocidad: "Donde pisa mi caballo no vuelve a crecer la hierba". En ausencia de su jefe parece que las huestes de Atila las ha traído Adif a las calles barcelonesas Mallorca y Clot, en la vecindad de la estación de Sagrera. Los caballos de los hunos del siglo V se han transformado en gigantescas y sofisticadas máquinas que abren trincheras, taladran pozos, carcomen subsuelos, colocan encofrados en zanjas, instalan nuevos canales de alcantarillado, vuelcan cientos de toneladas de hormigón cerrando heridas del asfalto para reabrir otras al lado de aquellas al día siguiente. Desde el inicio de las obras no queda en 200 metros de calzada un palmo que no haya sido abierto y reabierto muchas veces, en lo que parece el tejer y destejer de Penélope en Ítaca. Las calles adyacentes, Biscaia, Espronceda y la propia Clot, son cordones umbilicales de mantenimiento de unas obras que aportan polvo, chirridos, rugido de motores, martilleo de compresores, problemas de circulación, pero que los vecinos soportan con estoicismo y sentido cívico a la espera de la próxima apertura del gran pozo de la tuneladora del AVE, que tendrá en aquel lugar su punto de ataque para excavar las tripas de Barcelona rumbo a la Sagrada Familia.

Además de gran infraestructura y crear puestos de trabajo, estas obras tienen la virtud de ser permanente y activo espectáculo de parados y jubilados, que rasgando la tela protectora intentan adivinar, casi siempre sin conseguirlo, cuál es el objetivo de la operación que con sus artilugios están realizando en el momento concreto los operarios de casco y uniforme amarillos.

Tras la oposición inicial, los vecinos han aceptado la engorrosa situación, pero estas obras están generando otros damnificados muy graves: los establecimientos comerciales y de servicios. Las calles de Barcelona están llenas de letreros que indican venta, alquiler o traspaso de local porque la crisis hace estragos. Pero a los de aquella zona les llegó además la plaga del AVE, el nuevo Atila. Muchos han bajado definitivamente las persianas. Alguien deberá compensarles, a la espera que al final de las obras los comercios renazcan de sus cenizas como AVE fénix.

Entre tanto, con resignación, o quizás con humor, a la altura de las grúas, en muchos balcones sigue la pancarta: "L'AVE pel Litoral".